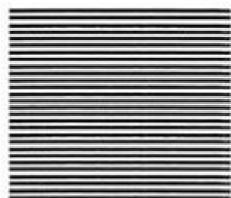
héroes del ESPACIO
NOVELAS ECSA

LA OTRA CARA DEL NIRVANA

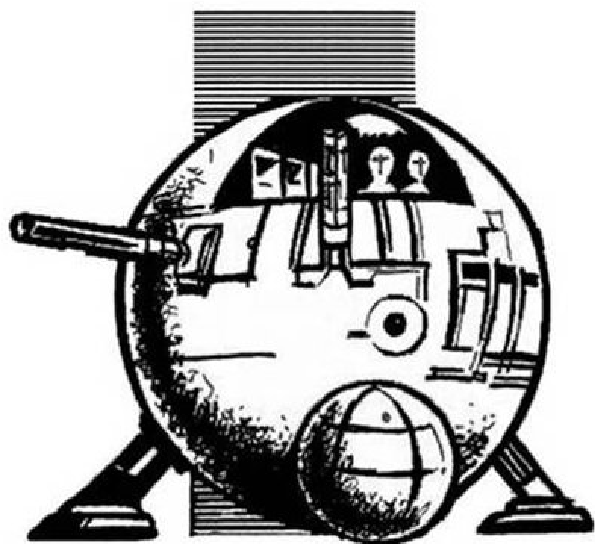
ROCCO SARTO



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

48 - *Túnel en el sistema solar*. Clark Carrados.
49 - *Filibusteros del espacio. Rocco Sarto.*
50 - *Infierno galáctico. Eric Sorenssen.*
51 - *El capitán Unicornio. Trevor Sanders.*
52 - *Misterio en la «N» dimensión. Clark Carrados.*

ROCCO SARTO

La otra cara del Nirvana

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 53
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: 5.004 1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

La idea comenzó a tomar forma en su mente como una larga serpiente que se desperezara tras una siesta satisfactoria.

La serpiente alcanzó total lucidez y abrió los ojos.

Parrish Bok se levantó tratando de no despertar a la mujer que dormía a su lado, sobre la estera.

Anduvo silenciosamente hasta alcanzar la portezuela vegetal que era el único acceso de su cabaña y la abrió con suavidad.

El arroyuelo parecía haberse oscurecido bajo la lluvia torrencial y la atmósfera húmeda y pesada se había fusionado con las nubes bajas, negras y prepotentes que cubrían el valle.

Se alejó unos pasos de la cabaña y sintió el agua fría y penetrante contra su piel.

La *Ciudad de los Humanos*, a aquella temprana hora de la mañana, estaba quieta y silenciosa.

Sin importarle la lluvia torrencial, dio la espalda al poblado y siguió el curso del riachuelo hasta alcanzar el claro en el que alguna vez había aterrizado la espacionave más pretenciosa que hubiese construido el hombre cuando la Tierra, *el Planeta Azul* del sistema solar, era todavía un mundo tecnológico y deshumanizado.

Sus ojos recorrieron el claro y aunque habían transcurrido ya dos años desde que él y Galia presenciaran la autodestrucción del «Fénix», todavía podía reconocerse el sitio exacto en el que la poderosa maravilla aeronáutica había muerto por desintegración en medio \ de un brillante fulgor amarillo.

No había melancolía en su rostro. Tampoco era nostalgia ese sentimiento agudo y creciente que habitaba su pecho.

Avanzó hasta hallarse precisamente en el sitio que; alguna vez ocupara el «Fénix», y se sentó sobre la tierra ennegrecida por la

explosión.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Trató de recapitular aquel período de su vida que jamás hubiese podido predecir y lo hizo comenzando desde el principio.

La Tierra, entonces, era un mundo aséptico.

La Computadora Madre, como una diosa, era la memoria viva de la civilización humana. Ya no había guerras ni diferencias raciales o políticas. No había enfermedades mortales ni homicidios o suicidios. Después de *la Guerra Final*, la tercera guerra mundial, una explosión tecnológica había convertido al hombre un nuevo tipo de ser.

La conquista del espacio exterior se encontraba en su apogeo y la detección de vida animal no inteligente alentó a los tecnócratas de la nueva sociedad universal para aventurarse en empresas cada vez más ambiciosas.

El «Organum», entidad que gobernaba la Tierra a través de una serie de equipos muy especializados —y cuya acción dependía de las directrices del Centro de Computación—, obtenía de los viajes interestelares las materias primas que el planeta azul necesitaba para su supervivencia y progreso.

El hombre, bajo el imperio de los ordenadores, había perdido su antigua identidad. Eran criaturas programadas, casi tanto como las mismas máquinas, y sus vidas eran planificadas minuciosamente.

El temor, la ansiedad, el amor, la ternura o la tristeza no eran más que conceptos vetustos almacenados en la poderosa memoria de la Computadora Madre.

En aquel mundo aséptico y programado el único disidente había sido Parrish Bok, y fue precisamente ese defecto de personalidad, aquella vocación de independencia y autocontrol, aquella necesidad de pensar por 'sí mismo, la que lo había llevado ante el consejo superior del «Organum», para enfrentarse con una aventura decisiva.

Le habían entregado el «Fénix» para que se lanzara —por vez primera— a través del tiempo. Su única compañía fue una mujer, Galia, cuya actividad para el «Organum» consistía en dar placer sexual a los hombres, era una «unidad de placer».

Con ella, Parrish Bok realizó su viaje y cuando atravesó el *hueco del tiempo*, llegó a un planeta pequeño y casi cubierto de agua. Ese

planeta era la Tierra, y su nueva fisonomía se debía a la hecatombe que había producido su extraño viaje a través del tiempo.

Allí, en esa nueva geografía de clima tropical, Parrish y Galia se encontraron con un pueblo de hombres, hombres que vivían en un valle protegido, luchando constantemente contra una nueva especie, los mutantes, seres degenerados genéticamente por la misma metamorfosis que había sufrido el planeta. Los imitantes habían sido hombres antes del experimento del «Fénix».

Parrish Bok y Galia, armados de sus fusiles láser y acompañados de algunos hombres de aquella nueva dimensión histórica, habían abatido a casi todos los mutantes en su propia madriguera.

Tal vez alguno lograra escapar a aquella carnicería horrible y necesaria, pero si lo hicieron, los habitantes de *La Ciudad de los Humanos*, como se llamaba el fértil valle donde se erigía el poblado, jamás volvieron a verlos. Desde entonces había transcurrido poco más de dos años.

Alan Plumb, antiguo consejero del «Organum», superviviente de la hecatombe, gobernaba la ciudad imbuido de un nuevo concepto filosófico, un concepto que procuraba alejar la ambición del hombre del sendero de la civilización tecnológica. Y fue precisamente por ello que Parrish Bok decidió destruir la nave promotora de aquella hecatombe.

Desde hacía dos años, en la tranquila fertilidad del ‹valle, él y Galia habían vivido como seres naturales y felices, pertrechados con una nueva concepción de la existencia, desarrollando una forma de vida casi elemental, pescando, cazando con armas rudimentarias y cultivando la tierra. Un perfecto sistema de economía colectiva regía los destinos de *La Ciudad de los Humanos*, y todos eran felices.

La felicidad.

Un concepto que tampoco se conocía en el sistema que antes del vuelo del «Fénix» regía la Tierra.

El propio hombre llegó a completar un círculo casi perfecto.

Primero, la tercera guerra mundial con su holocausto demencial. A partir de entonces, una civilización computerizada y desprovista de sentimientos; una civilización perfectamente organizada pero exenta de corazón.

Luego, la ambición del «Organum» había decidido aquel vuelo casi milagroso: la conquista del tiempo. Y cuando Parrish Bok y

Galia atravesaron el hueco del tiempo con su pequeña nave, se produjo una hecatombe mayor que la que acarreara la tercera guerra mundial en otros tiempos. La tierra había perdido tamaño, las aguas cubrieron los continentes y el resultado fue un planeta extraño, casi completamente tropical a excepción de los polos, y en él los sobrevivientes del experimento. Unos pocos hombres sometidos a una amenaza constante: los mutantes.

Cuando los mutantes fueron destruidos, ya no hubieron más preocupaciones.

Un solo hecho incomprensible: mientras el viaje de Parrish Bok y Galia sólo había durado minutos, al volver a aterrizar se encontraron con que allí, en la Tierra, habían transcurrido cuarenta años.

Pero esto no importaba. Lo importante era vivir de un nuevo modo, natural y casi desenfadado, gozando de los placeres elementales de una existencia plácida y amable: comer, beber, hacer el amor, cazar, pescar y cultivar la tierra. Volver a hacer el amor. El amor, recuperado maravillosamente entre las ruinas de un planeta nuevo.

Sentado sobre la tierra ennegrecida, calado hasta los huesos, Parrish Bok recordó todo rápidamente, orientado por un impulso que no comprendía.

¿Qué era lo que de pronto le había atacado? ¿Acaso una premonitoria sensación de insatisfacción?

Todavía no lo sabía, pero debía averiguarlo.

Alan Plumb, el antiguo miembro del «Organum», el mismo que le había designado para el experimento del «Fénix», era ahora el jefe de la *Ciudad de los Humanos*, un jefe sabio y justo empeñado en inculcar a su pueblo una filosofía de vida que les impidiera cometer los errores que su propia civilización había cometido y que la llevara casi a un suicidio total.

Alan Plumb y Parrish Bok sabían que la Tierra debía aprovechar esta segunda oportunidad.

Se puso de pie, echó una última mirada al claro donde se había volatilizado el «Fénix» y se encaminó nuevamente hacia su cabaña.

El murmullo de la lluvia sobre la corriente gris del riachuelo le acompañó durante su paseo infundiéndole un aliento que realmente necesitaba.

El poblado todavía dormía cuando llegó a su cabaña. Apartó la portezuela y entró a la vivienda.

Sobre la estera, Galia continuaba durmiendo.

Parrish la observó embelesado. Era una muchacha hermosa.

En su rostro relajado y moreno de sol, en los senos desnudos y henchidos, en las largas piernas que se revelaban bajo el ligero cobertor que la cubría sólo hasta la cintura, el hombre encontró calor y ternura.

Recordó como en un relámpago el momento en que Galia y él observaron desde el Fénix ese planeta que todavía no sabían que era la misma Tierra de la que acababan de partir.

Recordó la expresión asombrada de la mujer ante la geografía acuática del planeta, interrumpida por catorce grandes islas, casi tan grandes como Australia, e infinidad de archipiélagos.

Mientras el «Fénix» había sobrevolado aquella geografía, el rostro de Galia había encontrado distintas expresiones: el asombro la primera, y luego ansiedad, urgencia, temor y desasosiego. Todas aquellas sensaciones que ella desconocía porque era, o había sido, solamente una «unidad de placer» sometida, como el resto de los seres humanos, a una ley que impedía los sentimientos y que prácticamente había llegado a anularlos.

Ahora, frente a aquella criatura.dormida, Parrish sonrió para sí al comparar a la Galia «unidad de placer» de antes con esta compañera entrañable y valiente, lúcida y talentosa.

Se reclinó sobre ella y besó dulcemente los senos tibios hasta que la muchacha gimió entre sueños y una sonrisa sugestiva abrió sus labios húmedos y carnosos.

'-Te amo —dijo Parrish, y ella abrió los ojos.

—Estás empapado —dijo ella sin interrumpir la sonrisa.

—Dame calor.

Galia lo sujetó entre sus brazos y apartó el cobertor con sus largas piernas.

Su cuerpo atrapó al hombre y lo llenó de tibieza.

El aroma de Galia, su piel generosa, su euforia de mujer total lo atravesó como una andanada fascinante.

—¿Me dirás qué te ocurre? —preguntó ella con los ojos entornados, percibiendo en su piel el dibujo del hombre en movimiento.

—Ahora no, después… —replicó Parrish.

Las manos del hombre navegaron por el cuerpo abierto de la mujer y surcaron minuciosamente sus senderos palpitantes, se ensañaron con aquella tibieza creciente y agitada.

La lluvia sacudía el follaje, encabritada entre las hojas grandes y verdes.

Galia se tensó bajo el imperio de aquella conquista metódica y anhelante que Parrish inventaba sobre su piel.

Sintió que el paroxismo alcanzaba una cumbre radiante y ávida y trepó a ella asida a su amante como una pantera enajenada.

Todavía, unidos, recuperando el aliento, escucharon satisfechos la melodía continua de la tormenta.

—¿Me lo dirás ahora? —preguntó ella suavemente.

—He estado en el claro donde destruí el Fénix.

Parrish percibió la tensión en el cuerpo de la muchacha.

Levantó el rostro que tenía hundido en el cuello de Galia y buscó sus grandes pupilas brillantes.

Se miraron largamente y él supo entonces que ella lo comprendía.

—Hace tiempo que sé lo que ocurre contigo, amor —dijo Galia.

—Dímelo.

—Tú no eres como los demás. Vienes de una civilización de conquistadores del espacio. Esta vida hermosa y apacible es demasiado monótona para ti.

El la observaba con intensidad.

—Alan y los demás ancianos que sobreviven no tienen tu sangre caliente. Los demás han nacido en este paraíso o eran hombres y mujeres corrientes, atrapados por la ley del «Organum». Son felices así, sin más.

—¿Y tú?

—Yo soy lo que tú eres —replicó ella súbitamente seria.

La besó en los labios y sintió el sabor de la mujer.

—Ven, vistámonos, he de hablar con Plumb.

Afuera, incesante, la tormenta continuaba implacable.

CAPITULO II

Más de sesenta cabañas se agrupaban alrededor de una choza mayor, central, en la que funcionaba el consejo de ancianos de la *Ciudad de los Humanos.*

Algunos pobladores ya habían iniciado sus tareas cotidianas y corrían bajo la lluvia como extrañas figuras de un mundo que Parrish y Galia observaban desde una cierta distancia.

Recorrieron el trecho que los separaba de la cabaña de Plumb, junto al río, enfrentada a la aldea como si desde aquella situación el anciano superviviente pudiese oficiar de centinela de una comunidad que llevaba sobre sus hombros la magna tarea de usufructuar aquella segunda oportunidad que le había sido conferida al planeta Tierra.

Alan Plumb, anciano, enjuto, delgado y de cabellos blancos, estaba sentado bajo el alero que cubría la puerta de su cabaña observándolos mientras se acercaban.

En su rostro delgado, anguloso e inteligente, los ojillos vivaces pertrechados tras una fina red de arrugas tenían más vida que la de muchos jóvenes.

Sentado en una cómoda mecedora de juncos, envuelto en una especie de túnica colorida y larga, daba la impresión de ser un oráculo extraído de alguna vieja cicatriz de la historia.

—Salud, Alan —dijo Parrish.

—Bien venidos —replicó el anciano, y su mano huesuda y venosa se elevó ante el rostro de los recién llegados como una mariposa opaca y sensible.

Galia dio un paso y se guareció de la lluvia bajo el amplio alero.

Parrish, todavía sumergido en sus propios pensamientos, permaneció bajo la lluvia mirando fijamente al anciano.

Alan Plumb cogió la mano que le tendió la muchacha y ambos observaron a Parrish Bok.

—Alguna vez tenía que ocurrir —comentó Alan, casi con descuido.

Galia le apretó la mano seca que sostenía entre sus dedos y lo miró con ternura.

—¿Lo sabes ya? —preguntó Parrish.

—Sí.

—He estado pensando... —comenzó el hombre todavía bajo 'a lluvia.

—Y has llegado a una conclusión que deseas consultarme, ¿no es así?

—Sí...

—¿Y bien?

—Hay algo que me falta aquí —dijo Parrish, y entró bajo el alero protector.

Se sentó ante el anciano, en el suelo húmedo, y encogió las piernas. Sus manos se cruzaron sobre las rodillas y durante algunos minutos pareció buscar las palabras necesarias.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó suavemente el anciano.

—Pronto.

—Puede ser útil que lo hagas, Parrish. Sabes que confío en ti. Tú eres un explorador del espacio, no puedes vivir encerrado en este valle, aunque sea paradisíaco.

Galia soltó la mano del anciano y se aproximó a su hombre.

—Creo que además de lo que yo siento, es necesario investigar el resto de la isla y todavía más, cruzar el mar y continuar... —se detuvo, no sabía exactamente lo que quería decir.

—Sí —lo ayudó Plumb—, es útil saber cómo es el mundo que hemos heredado de la hecatombe, sin embargo, creo que nuestro pueblo es feliz tal como está, ninguno ha necesitado ni sentido siquiera la necesidad de salir de aquí, y ver qué sucede más allá, en el resto del mundo..

—Lo sé y lamentaría que esta vocación mía pudiera comprometer tu labor de tantos años. No quisiera que mi imprudencia convirtiera a la *Ciudad de los Humanos* en un nuevo imperio conquistador.

El anciano permaneció callado, como si reflexionara acerca de

estas últimas palabras.

—Partiremos solos Galia y yo.

—Escucha lo que voy a decirte, Parrish. Tú has visto a tu llegada que éste es ahora un mundo cubierto de aguas y que existen catorce islas inmensas y multitud de archipiélagos. No te será difícil recorrer su superficie atravesando el mar de isla en isla, buscando aquellas zonas en las que pudieron haber más supervivientes. Tal vez cuando regreses puedas constituir una gran ayuda para nosotros, podrás comunicarnos de qué modo han reorganizado la vida comunitaria, con qué proyectos, en base a qué filosofía.

—Sí —dijo Parrish escuetamente.

—Sé que no es ése tu principal estimulo, pero aunque lo que te lleve a lanzarte a la aventura sea tu propia vocación de viajero del espacio sujeto a las condiciones de esta nueva Tierra, puedes sernos de mucha utilidad. Ante todo está el interés de nuestro pueblo. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo.

El anciano observó a Galia.

Ella se encontró con sus ojos y sonrió levemente.

—Yo estaré a su lado —dijo la muchacha.

Alan Plumb pareció concentrarse en un pensamiento que lo sumió en una profunda reflexión. Al cabo de algunos instantes, se puso en pie y se acercó al borde del alero. Estiró un brazo delgado y seco y dejó que la lluvia empapara su mano.

—Es hora de que te diga algo, Parrish.

—¿Qué es?

—Cuando el «Fénix» se hallaba a punto de atravesar el hueco del tiempo, nuestra base estaba en contacto con la central del continente europeo, en la Selva Negra.

Parrish lo escuchaba asombrado, no sabía nada de aquella revelación.

—Durante los segundos que precedieron a la hecatombe, después de que vosotros atravesarais el tiempo, todavía pudimos escuchar las palabras de los controla-dores de aquella base. Estaban a salvo, como lo estuvimos nosotros, en el refugio subterráneo desde donde observaban tu vuelo. Creo que han tenido tantas posibilidades de salvarse como yo y el resto de nosotros.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no era necesario, Parrish. Sólo si tú sentías ese llamado que ahora te ha embargado, el llamado de la aventura, sólo entonces te lo diría. Y ahora ya lo he hecho. Creo que si todavía no has decidido un rumbo concreto, deberías encaminarte hacia el noreste, hacia lo que antes fue Europa.

Galia abrazó a Parrish Bok.

—Lo haré, y si alguien se ha salvado, yo lo encontraré —aseguró Parrish.

—Sé que lo harás, muchacho, pero debes cuidarte. No sabes qué tipo degeneración genética han podido sufrir los supervivientes de la hecatombe en otras geografías, sujetos a otras condiciones climáticas.

—¿Los mutantes? —aventuró con voz queda.

—Tal vez sean mutantes como los que nos has ayudado a destruir aquí, y tal vez no. Quizá sean otro tipo de hombres, y no solamente su aspecto físico los diferencie de nosotros, es posible que las nuevas condiciones, además de su particular y eventual transformación genética, los haya modificado y sean hoy criaturas inimaginables. ¿Puedes entender esto? ¿Puedes entender que este viaje tuyo por la Tierra resulte más peligroso y más misterioso que todos los que has realizado antes en tu vida de astronauta?

—Sí, lo sé —dijo Parrish.

—¿Cómo te arreglarás para viajar?

—Antes de poner en funcionamiento el mecanismo de autodestrucción del «Fénix», reuní algunas cosas que podrían serme de utilidad alguna vez.

Alan Plumb sonrió comprensivamente.

—Ya entonces sabías que éste momento habría de llegar, muchacho, sólo que no eras consciente de ello.

—Me llevaré un fusil y una pistola láser. También una de las baterías solares para recargar las armas. Tengo una brújula y herramientas suficientes.

—Ha sido una excelente idea la de salvar una brújula de la destrucción.

—Os dejaré el otro fusil y la pistola junto con la batería solar de repuesto. Con esas armas podréis resolver cualquier problema que se os presente, aunque no creo que ocurra nada peligroso en este valle paradisíaco.

—Sí, tienes razón. Eres tú el que verá el otro rostro del nirvana.

Las palabras de Alan Plumb sonaron como una profecía en sus labios marchitos.

CAPITULO III

Dos días más tarde, muy temprano, Parrish Bok y Galia partieron del valle.

Un grupo de amigos, encabezados por Alan Plumb, los acompañó hasta la orilla del lago donde vivieran los mutantes.

Una pequeña balsa hecha con troncos de árboles y fibras vegetales, pertrechada con todo lo necesario para aquella primera expedición de descubrimiento, se hallaba amarrada junto a la orilla.

—Bien, aquí empieza una nueva etapa para nuestro pueblo —dijo Alan Plumb, sombríamente.

El anciano temía que aquella inquietud que demostrara Parrish por investigar el resto de la isla y el resto del mundo se convirtiera paulatinamente en un nuevo tipo de ambición y más tarde en *ambición de poder*, el germen que había llevado finalmente a la destrucción del planeta.

—Volveremos, Alan —dijo Parrish, y subió a la balsa.

Tendió la mano a la mujer y Galia se unió a él de un salto.

Todos levantaron la mano en señal de saludo y Galia se abrazó a Parrish mientras soltaban las amarras.

—Suerte, muchachos, mucha suerte —dijo Plumb.

Parrish cogió una de las dos pértigas y se afirmó en la balsa. Con un impulso firme y continuo comenzó a alejarse de la orilla.

—Adiós —dijo Galia.

La pequeña comitiva los observaba con los brazos en alto mientras se internaban en el lago a la luz rojiza del amanecer.

—Regresemos al valle —dijo Alan Plumb.

A lo lejos, contra los primeros rayos del sol pálido y todavía oculto por la serranía que rodeaba el lago, la balsa y sus dos ocupantes parecían fantasmas oscuros y súbitamente lejanos,

pequeñas figuras de una civilización que había completado un ciclo casi biológico: nacimiento, desarrollo, madurez y muerte. Ahora, nuevamente, el origen renacía de las cenizas y un nuevo ciclo comenzaba.

Alan Plumb se volvió por última vez y los observó sumido en hondas reflexiones. Recordó aquellos datos contenidos en la desaparecida Computadora Madre: el relato de los antiguos aventureros de siglos lejanos, tiempos en los que se había ido forjando el temple «civilizador» del hombre.

Una angustia repentina oprimió el pecho delgado y fibroso del anciano.

Se dio la vuelta y se encaminó a la *Ciudad de los Humanos* sin volver a mirar atrás.

* * *

Parrish remó en silencio durante toda la mañana. El lago se abría hacia el norte como una mano y ambas orillas se hadan más y más apartadas.

Iban ataviados con delgadas botas de piel y cortas túnicas tejidas.

Galia observó a su hombre. La vida en el valle había curtido su piel y desarrollado sus músculos. El torso poderoso se tensaba con el esfuerzo de remar y sus largas piernas duras y sólidas parecían columnatas broncíneas.

Ella misma había endurecido su propio cuerpo y sus formas magníficas, libres bajo la liviana tela de la túnica, le conferían un aspecto maravilloso.

Habían recorrido ya varios kilómetros por la superficie casi aceitosa del lago cuando escucharon el rumor.

Parecía un susurro grave y continuo que iba creciendo a medida que avanzaban.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven, rompiendo por vez primera el silencio en que se habían sumergido.

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos —replicó el hombre.

El paisaje continuaba inalterable, altos acantilados escarpados flanqueando el lago, cubiertos en la cima por una vegetación tropical.

Galia se puso de pie sobresaltada.

Parrish dejó de remar.

Un chapoteo lejano se sumó al susurro que escuchaban desde hacía varios minutos.

—Coge el fusil —dijo Parrish con calma.

La balsa Comenzó a bailar suavemente, mecida por un oleaje que hasta entonces no había existido.

Parrish impulsó por última vez la embarcación, dejó la pértiga sujeta a su punto de apoyo y cogió la pistola láser.

Galia trataba de descubrir alguna presencia amenazadora en la superficie del lago.

Pequeñas olas oscuras rompían contra la balsa en todas direcciones.

—Están nadando bajo la superficie —dijo Parrish.

—¿Peces?

—Si son peces, son demasiado grandes, y vienen hacia nosotros.

Galia se arrodilló sobre la superficie de maderos y se llevó el fusil a la cara.

—¡Allí están! —gritó Parrish.

Un grupo de mutantes, tal vez ocho o nueve, asomaron sus rostros de saurios antropomórficos a unos veinte metros de la balsa.

—Son los supervivientes de la masacre —dijo Parrish, como si hubiera estado esperándolos desde hacía dos años, cuando los exterminaron en la cueva del lago.

—¡Dispara! —ordenó Parrish.

Comenzaron a disparar sistemáticamente, procurando abatir a aquellos seres monstruosos y sanguinarios antes de que lograran abordarlos.

Los finísimos rayos láser reventaban el poderoso testuz escamado de los monstruos que se convulsionaban en medio de alaridos espantosos.

De pronto, no tuvieron más blancos delante de las miras de sus armas.

—¿Dónde están? —preguntó Galia, con el rostro tensionado por la amenaza.

—Se han sumergido, no han quedado muchos, supongo que dos o tres.

—¿Crees que...?

No tuvo tiempo de terminar la frase.

Dos manos poderosas, de afiladas uñas como puñales, se asieron

al borde de la balsa.

La embarcación sufrió una sacudida y Parrish cayó estrepitosamente.

La pistola saltó de su mano.

El mutante se izó sobre la balsa.

—¡Dispárale! —gritó Parrish.

Galia giró sobre sus rodillas para apuntar al invasor, pero fue demasiado tarde. De un zarpazo, el fusil le fue arrebatado y el mutante saltó hacia adelante.

Parrish cogió la pértiga con una mano y desde el suelo golpeó al monstruo en medio del enorme pecho. Galia giró sobre sí misma y procuró alcanzar el fusil.

Parrish se puso de pie rápidamente y se enfrentó a la bestia. Durante algunos segundos, se observaron como dos gladiadores de especies diferentes.

El hombre del futuro anclado en un planeta súbitamente prehistórico y el mutante, el engendro feroz producido por la degeneración genética, el ex-hombre convertido en fiera.

Galia alcanzó el fusil en el mismo instante en que el mutante saltaba hacia Parrish. La pértiga contuvo al monstruo en medio del asalto, y los músculos del hombre parecieron estallar con el esfuerzo.

Galia hizo fuego y el láser atravesó limpiamente el hombro de la bestia, que retrocedió con un rugido. De las fauces abiertas comenzó a brotar un hilillo de sangre y sus ojos brutales expresaban una furia sanguinaria.

Parrish extrajo el puñal que llevaba en la bota y se lanzó contra el mutante. La hoja ancha y afiladísima se hundió en el cuello del invasor y con un último esfuerzo, Parrish lo arrojó por la borda.

Galia se volvió justo a tiempo para descubrir a un segundo mutante que intentaba subir a la embarcación. La cabeza infernal de la bestia estalló bajo el impacto del disparo y desapareció de la vista.

Parrish recuperó su pistola.

En medio de la balsa, espalda contra espalda, sudorosos y agitados, observaron la superficie del lago oscurecida por la sangre de la batalla.

Tras unos minutos de espera, relajaron la tensión de los

músculos y se miraron afiebradamente.

—Creo que no queda ninguno —dijo Parrish—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Tengo un rasguño en el hombro.

—Déjame verlo.

Galia apartó suavemente la tela desgarrada de la túnica y vio la herida.

—No es muy profunda, pero sangra mucho.

—Ha sido un zarpazo, no pude evitarlo cuando le clavé el cuchillo.

—Te quitaré la túnica.

Galia limpió la herida y la desinfectó con un producto que traían en el botiquín de emergencia.

—Ya está —dijo—. ¿Duele?

—No, no ha sido nada. Ya estoy bien.

El agua había retornado a la calma que precediera al ataque. El susurro lejano se hacía más y más próximo.

—Debe de ser una cascada —comentó Parrish.

Galia miró el cielo límpido y calculó la hora.

—No tendremos mucho más tiempo de sol —dijo.

Habían bogado casi todo el día y ahora sólo les quedarían un par de horas antes de que el día se apagara del otro lado de las serranías.

—Hemos de buscar un sitio donde buscar la noche, no confío en nuestras posibilidades de defensa aquí, en medio del lago.

Galla se puso de pie.

—Descansa —dijo entonces—, yo remaré hasta que hallemos un sitio adecuado.

Recostado sobre el piso de maderos de la embarcación, con el fusil entre sus manos, Parrish sonrió para sí.

¿Qué diablos era, todo esto? El, un explorador del espacio, comandante de sofisticadas maravillas tecnológicas que viajaban a la velocidad de la luz, originario de una civilización computerizada y aséptica, estaba ahora aquí, sobre una balsa rudimentaria, ataviado como uno de aquellos heroicos personajes de la antigüedad, bogando por un paisaje remoto.

Rió para sí y el sonido de su carcajada llamó la atención de la muchacha.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, he pensado en nuestra situación y, ¿sabes qué te digo?, jamás cambiaría esta vida nuestra por aquella célula fría y automatizada donde hacíamos el amor bajo la supervisión del «Organum».

Galia abandonó la pértiga y se arrodilló ante él.

Se inclinó para besarlo en los labios y antes de sentir el sabor dulce y cálido de la mujer, Parrish pudo observar la inquietante voluptuosidad de los poderosos senos de la joven, asomados como frutos por el amplio escote de su túnica.

CAPITULO IV

Cuando Galia se separó de él y recogió la pértiga, el susurro se había convertido en un estruendo tumultuoso.

El lago era ahora más estrecho y en medio de él se alzaba un islote alto y escarpado que les interrumpía la visual.

—Deja, yo continuaré remando —dijo Parrish.

Lentamente, atentos a aquel poderoso estruendo que llegaba desde el otro lado del promontorio, flanquearon el islote y pudieron apreciar la causa del ruido.

A su derecha, a unos doscientos metros, una masa compacta y oscura de agua se precipitaba sobre el lago desde una altura de más de cincuenta metros.

El espectáculo era fascinante.' La enorme catarata cubría un amplio sector del acantilado y se hundía furiosa en las aguas revueltas del lago.

—Es maravilloso —dijo Galia.

Parrish sintió que la balsa derivaba hacia la catarata.

—Coge la otra pértiga —dijo con calma—, la corriente nos atrae hacia la catarata.

Galia hizo lo que le ordenaba y los dos remaron firmemente conduciendo la balsa con un rumbo paralelo a la caída de agua, con los ojos fijos en aquel espectáculo magnífico.

—Debemos darnos prisa o nos cogerá la noche en medio del lago.

Galia asintió en silencio y remaron más deprisa alejándose del salto.

Se alejaron algo más de dos kilómetros, ayudados por la fuerte corriente que ahora los impulsaba en la dirección adecuada, avanzando hacia el noreste.

—¡Allí! —gritó Galia—. Es una cornisa junto a la orilla.

Parrish siguió con la vista la dirección que ella le indicaba y vio entonces una saliente del acantilado, en medio de la pared casi vertical de roca, a unos seis metros sobre el nivel del lago.

—Acerquémonos —dijo Parrish.

Acomodaron la balsa junto al acantilado y Parrish cogió una cuerda trenzada que llevaba un garfio amarrado a su extremo.

Después de varios intentos logró afirmar el garfio al saliente y comenzó a trepar.

Cuando llegó a la cornisa exploró la superficie yerma e inaccesible desde cualquier otro sitio. Era apropiada.

Galia reunió los utensilios necesarios para pasar la noche y Parrish los izó a la cornisa, luego ayudó a la muchacha a llegar hasta él.

—Es un sitio perfecto —dijo ella mientras disponía las cosas para preparar la cena.

Parrish sujetó la cuerda que sostenía la balsa, anudándola a una pequeña saliente rocosa y se sentó junto a la mujer.

Un pequeño fuego sirvió para cocinar los alimentos de aquel primer día de viaje.

Mientras el sol terminaba de ahogar sus pálidos rayos del otro lado del lago, Parrish y Galia comieron con buen apetito la carne salada que habían traído y bebieron de sus vasijas el jugo de frutas que la muchacha preparara antes de la partida.

Se recostaron sobre una mullida piel y en silencio gozaron del espectáculo que ofrecía una luna brillante y muda como una herida blanca en el cielo oscuro.

Galia se quitó la túnica y apretó su cuerpo cálido contra la piel del hombre.

Parrish, ataviado solamente con un pequeño taparrabos, sintió la energía de la hembra contra su carne y se volvió hacia ella.

Besó con fruición sus labios húmedos y paseó sus caricias por aquel cuerpo trémulo y sinuoso, dejando su sabor en los pechos henchidos y el vientre liso, absorbiendo el aroma de la hembra, prodigándole su propio aliento.

Se fundieron en un abrazo prolongado, liberando la tensión que los había enervado durante aquella jornada difícil y peligrosa hasta alcanzar juntos el último grito de satisfacción.

Parrish dejó las armas al alcance de su mano, echó más leña al pequeño fuego que brillaba ante ellos e inspeccionó desde lo alto la superficie quieta del lago.

La balsa, seis metros más abajo, se mecía suavemente bajo el invisible impacto de la corriente profunda.

—Ven aquí —lo llamó Galia.

Se recostó nuevamente junto a ella, la abrazó con una ternura que nacía de todo su cuerpo y cubrió sus cuerpos con una manta de rústico tejido.

El sueño los doblegó como un invasor bienvenido.

* * *

El amanecer surgió más tarde que de costumbre, tras unas grandes nubes oscuras que habían ido agrupándose durante toda la noche.

Un viento húmedo y frío llegaba desde el este y agitaba las aguas del lago.

Parrish se despertó sobresaltado.

—Levántate, Galia. Debemos marcharnos.

La muchacha echó un vistazo al cielo y se apresuró a levantar el campamento. Cargaron todo sobre la balsa y se apartaron de la pared rocosa del acantilado temerosos de que las olas hicieran pedazos la embarcación.

Una neblina blancuzca y densa cubría el lago y los truenos iniciaron su carrera por entre las nubes, precedidos de grandes relámpagos.

Impulsaron la balsa hacia el centro del lago buscando la corriente que nacía en la catarata.

La embarcación adquirió velocidad y dirigida hábilmente por Parrish avanzó rauda por entre la bruma.

Absortos en la navegación dejaron transcurrir la mañana sin decirse una sola palabra. Sentían los músculos doloridos por aquella lucha incesante con las aguas cada vez más embravecidas del lago.

—No me gusta esta tormenta —dijo Parrish.

—El viento está arreciando —informó Galia.

—Tal vez podamos aprovechar la vela mientras el viento mantenga esta velocidad.

Galia cogió la gran vela triangular, tejida con fibras vegetales por los pescadores de la *Ciudad de los Humanos* y la izó rápidamente

en el mástil portátil del centro de la balsa.

La vela recogió el viento y la embarcación pareció saltar hacia adelante, impulsada por el viento húmedo.

El esfuerzo de los navegantes se multiplicó entonces, sosteniendo el rumbo con las pértigas y procurando atisbar entre la niebla a fin de descubrir algún peligro en la navegación.

Las primeras horas de la tarde transcurrieron rápidamente. El viento no había aumentado su velocidad y conservaba la misma dirección.

La tormenta parecía alimentarse de más y más nubarrones, apenas perceptibles a través de la algodonosa capa de bruma.

Comenzó a llover. Al principio fueron unas pequeñas gotas tímidas las que empaparon a los dos navegantes, pero luego el cielo se abrió como una compuerta y una lluvia torrencial cayó como una cortina fría sobre el lago.

La niebla comenzó a disiparse y cuando la visibilidad se aclaró, a través de las andanadas de lluvia, Parrish no pudo divisar la orilla, ninguna de ellas.

—¿Ves algo, Galia? —gritó, sobre el fragor de la tormenta.

—¡Nada! —replicó ella.

—Quita la vela del mástil —dijo Parrish.

La vela y el mástil fueron depositados sobre el piso de la embarcación y ésta redujo considerablemente su velocidad.

—¿Dónde diablos estaremos?

Galia trató de encontrar algún punto de referencia, pero no lo consiguió.

—Tendremos que esperar a que cese de llover —dijo gravemente.

Estaban exhaustos, no habían probado bocado en todo el día y sentían el cuerpo deshecho de fatiga.

La lluvia comenzó a decrecer a medida que se aproximaba el crepúsculo y cuando finalmente cesó ya era de noche.

Una oscuridad impenetrable y húmeda los envolvió como una cáscara espesa. No había estrellas en el cielo encapotado y la luna era un astro ausente más allá de las nubes.

—¿Qué hacemos? —preguntó la joven.

Parrish dejó su pértiga y cogió la gran piedra sujeta a una cuerda y que les servía de ancla y la lanzó por la borda.

La cuerda se desenrolló completamente sin que la piedra alcanzara el fondo.

—Es muy profundo aquí —informó el hombre—. Creo que debemos detenernos, no podemos avanzar a ciegas.

—Prepararé algo de comer —dijo ella.

Secaron sus cuerpos ateridos y buscaron en las mochilas ropas secas.

Galia encendió una pequeña lámpara de aceite en el centro de la balsa y a la luz de la minúscula llama devoraron el resto de la carne y jugo de frutas.

—Tendremos que aguardar a que amanezca —reflexionó Parrish atisbando la oscuridad.

—Yo haré la primera guardia —dijo Galia—. Tú estás más fatigado que yo.

—De acuerdo. Si sientes que te vence el sueño despiértame, no sabemos dónde estamos y no quiero correr ningún riesgo.

La idea de ser asaltados por algún grupo de mutantes errantes surgió como una amenaza casi tangible sobre la embarcación quieta.

Parrish se recostó junto a la muchacha y se cubrió con una manta.

Apoyó la cabeza en los muslos desnudos de Galia y el contacto tibio de la hembra lo transportó rápidamente al paisaje reparador del sueño.

Casi cuatro horas más tarde, algo lo despertó.

Los músculos de la muchacha se habían endurecido contra su mejilla.

—¿Qué sucede?

—No lo sé —dijo ella.

Había alzado el fusil y su expresión, a la débil luz de la lámpara, parecía contraída y expectante.

—Algo ha chocado contra la balsa —dijo entonces.

Parrish ya se había incorporado. Cogió la lámpara y recorrió con ella la borda en busca de alguna señal de peligro.

No encontró nada.

—¿Ves algo?

—Nada. ¿Estás segura de haber notado algo?

—Sí.

—Bien, no te preocupes. No hay nada, descansa tú ahora, yo montaré guardia.

Galia tardó mucho en dormirse, todavía preocupada por aquella sensación que se había apoderado de ella cuando algo chocó contra la embarcación.

Los primeros rayos del sol trajeron la respuesta.

Estaban rodeados de algas enormes y entretejidas como una gruesa alfombra vegetal.

—¿Qué es esto? —exclamó Galia.

—Plantas acuáticas —replicó Parrish.

—Pero... son enormes.

—Sí, seguramente han sufrido también algún proceso de mutación genética.

El día se instaló límpido y claro. Ningún atisbo de la tormenta feroz del día anterior.

—No veo la costa —dijo Parrish.

—Hemos debido de avanzar por el lago hasta algún pequeño río que desemboca en el mar.

Parrish hundió una mano entre las algas y procuró tocar el agua. No pudo.

Cogió una pértiga y con gran esfuerzo atravesó aquella superficie vegetal. Cuando retiró la vara pasó los dedos por la parte húmeda y se los llevó a los labios.

—Es agua salada —informó.

—Estamos prisioneros —dijo Galia.

—Hemos de abrirnos paso. Emplearemos el láser.

Utilizando el fusil y la pistola comenzaron a abrir un sendero en aquella plataforma viviente.

Avanzaron lentamente, recargando continuamente las armas con la batería de energía solar.

Al cabo de seis días habían avanzado poco más de cincuenta millas, siempre en dirección noreste.

Aquel mar de sargazos no parecía acabar nunca y aunque podían pescar en abundancia, el jugo de frutas y el agua potable estaban a punto de agotarse.

Habían racionado el agua a fin de conservarla el mayor tiempo posible.

Al amanecer del séptimo día divisaron una protuberancia oscura

delante de ellos.

—¿Tierra? —preguntó Galia.

—Espero que lo sea, no podremos aguantar mucho más tiempo sin agua.

Valiéndose del láser continuaron avanzando con lentitud, luchando contra el tiempo, en dirección a aquella protuberancia difusa que poco a poco fue dibujando el perfil.de una sierra alta contra el cielo limpio.

Tardaron todavía tres días en alcanzar la orilla.

A unos cien metros de la costa, aquella sabana de algas gigantes se interrumpía abruptamente y el mar azul celeste, claro y luminoso permitía ver las piedras del fondo a varios metros de profundidad.

Una playa de arena casi blanca los recibió con la promesa de agua potable y carne fresca.

Desembarcaron al mediodía, bajo un sol maravilloso. Altas palmeras cargadas de cocos y plantas frutales de todo tipo cubrían la isla.

—Hemos llegado al paraíso —bromeó Galia.

Instalaron el campamento entre los médanos, cerca del mar, y después de comer y beber la fresca leche de los cocos, iniciaron la exploración de la isla.

Treparon por la ladera de la alta sierra que divisaran tres días atrás y alcanzaron la cumbre al anochecer.

—Hoy no podremos ver mucho —informó Parrish—, pero mañana durante el día sabremos dónde nos encontramos.

Allí mismo, sobre la hierba fresca que cubría la cumbre de la sierra, en una atmósfera cálida y silenciosa, durmieron profundamente, sin cuidarse de hacer ninguna guardia.

Se despertaron muy entrada la mañana.

Parrish besó a la muchacha en los labios y Galia se incorporó desperezándose.

Acuclillado todavía en el suelo, Parrish pudo observar cómo la expresión de felicidad de la mujer se transformaba en un gesto de enorme sorpresa.

—¡Mira! —exclamó entonces.

Parrish se irguió junto a ella, y su rostro también se unió a aquella expresión de inmenso asombro.

Del otro lado de la isla, no tendría más de quinientos metros de

ancho, se encontraba otra isla más grande y llana.

Observando con atención, Parrish descubrió que no era una isla, sino el extremo de un largo istmo que como un angosto camino sobre el mar alcanzaba la masa enorme de todo el continente.

—Es otra de las catorce grandes islas —dijo Parrish.

Era increíble, una suerte de sendero de tierra firme, era como si hubieran hecho un camino por en medio del mar.

—Creo que nos estamos mereciendo un descanso —dijo Parrish.

—Podemos quedarnos unos días en esta isla y luego proseguir la marcha, ¿no crees?

En la proposición de Galia había una nota algo inquietante.

Parrish se volvió hacia ella.

Galia se quitó la túnica y su cuerpo moreno quedó desnudo bajo la cálida luz del sol.

—¿Qué haces?

—Desnúdate —ordenó ella con una sonrisa.

Parrish obedeció divertido.

Cuando se hubo quedado completamente desnudo, ella recorrió con sus ojos ávidos el cuerpo esbelto y fibroso del hombre.

—Así debe de ser el paraíso, mi amor. Ya no volveremos a vestirnos hasta que emprendamos de nuevo el viaje.

Antes de que Parrish pudiera decir nada, Galia se lanzó corriendo por la ladera de la sierra en dirección a la playa que desde allí se veía con las arenas blancas y limpias.

Parrish no perdió el tiempo. Se lanzó tras ella.

La felicidad, aun en aquel mundo extraño y lleno de sorpresas peligrosas, sólo dependía de ellos.

CAPITULO V

Una cálida indolencia se apoderó de ellos en la isla desierta.

Vivir en libertad, sujetos a las premisas básicas: comer, dormir, hacer el amor y construir ese mundo particular y estimúlame que sólo surge de un hombre y una mujer que viven sin trabas ni presiones de ningún tipo.

Parrish y Galia, desnudos y felices, gozaron del límpido paisaje que les ofrecía la isla paradisíaca como pequeños milagros en un mundo ignoto.

Un mes después, sobre la arena blanca y tibia, aguardaban sin prisas el ocaso.

—¿En qué piensas? —preguntó Galia.

Parrish pensó en la pregunta de la muchacha embriagado por la naturalidad de sus palabras.

¿Dónde estaba Galia, la «unidad de placera, la unidad computerizada, cuya vida sólo debía responder a los requerimientos sexuales de hombres tan vacíos como ella misma?

¿Qué se había hecho de aquella hermosa mujer-objeto sometida a los imperativos de una sociedad en la que solamente cumplía una misión más?

Galia, la mujer utilizada, la hembra bien dispuesta, el cuerpo amable y sabio de tantas y tantas caricias sin contenido, se había transformado en esta perfecta muchacha, en esta compañera pensante y decidida.

La otrora «unidad de placer» no era más que una mujer amada y amante; su pasado de objeto de satisfacción sexual había sido sepultado por la afiebrada aparición de su verdadera esencia atávica.

Galia era una mujer.

Galia era la *mujer*.

—Pienso en ti —replicó suavemente Parrish.

—Cuéntame —lo alentó ella.

—Hemos recorrido un largo camino juntos y creo que ha valido la pena —dijo sentenciosamente el hombre.

—Parrish...

Se volvió a ella y observó la expresión pletórica de la mujer, su rostro dulce e inquietante como una trampa, su piel dispuesta y tierna, su anhelo perceptible como si fuera una llamarada.

Se adhirió a su cuerpo amable y allí inició una vez más el rito demencial que conducía al deseo voraz, a la reunión completa y liberadora.

La arena se hundía bajo las evoluciones de la ceremonia del amor, aceptando el ritmo creciente de los amantes y sumándose a la loca alegría de vivir que los embargaba.

Sobre las brillantes caracolas marinas, el amor estalló como una galaxia en llamas, enfrentado al sabor inigualable de los cuerpos anudados.

El sol se ocultó en el mar y sus últimos rayos finos y debilitados acariciaron la bella playa silenciosa.

—¿En qué piensas? —dijo ella.

—Creo que debemos continuar el viaje.

—¿Por qué no vamos a la sierra y damos una última mirada a nuestro paraíso privado?

Parrish la cogió de la mano y sin prisa recorrieron el camino que llevaba a aquel mirador que descubrieron el primer día que llegaron y desde el que se podía observar ampliamente todo el horizonte.

—No estamos solos —dijo Parrish, y su brazo apretó el cuerpo desnudo de Galia contra su pecho.

Ella sintió que la alarma crecía dentro de su pecho cuando comprendió a qué se refería el hombre.

Más allá del istmo, en la inmensa masa negra que suponían otra isla mayúscula, una finísima columna de humo crecía hacia el cielo como si fuera una señal misteriosa.

—¿Fuego? —preguntó Galia.

—Parece una hoguera —replicó Parrish.

—Está muy lejos.

—Sí, el crepúsculo es muy claro. Lo extraño es que sea esta la

primera vez que vemos una señal. Tal vez sea un incendio espontáneo.

—Yo creo que no tiene aspecto de incendio —le replicó Galia.

Continuaron observando la fina columna de humo que trepaba sobre la playa, lejos en la distancia, y que se destacaba perfectamente contra el cielo rojizo.

—Si son hombres, ¿cómo es que no hemos visto el humo en todos los días que hace que estamos aquí?

—Tal vez acaban de establecerse —dijo Galia.

Parrish reflexionó sobre las palabras de la joven.

—Eso quiere decir que nosotros no somos los únicos expedicionarios.

Se miraron durante algunos minutos, procurando asimilar aquella idea.

—Iremos a investigar —dijo Parrish finalmente.

Regresaron otra vez al pequeño campamento entre los médanos y se prepararon para el viaje.

Habían construido una precaria choza juntando ramas de palmera y juncos.

La balsa, sobre la playa, parecía-que les aguardaba con impaciencia.

Llevaron las armas, el botiquín de auxilio y el equipo necesario: cuerdas, mochilas y también ropas de recambio.

Cuando todo estuvo listo, regresaron otra vez a la choza para poder gozar de una última noche en la isla.

—¿Iremos en la balsa hasta el continente?

—No, cruzaremos el brazo de mar hasta el extremo más próximo del istmo, y después dejaremos la barca y continuaremos a pie.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ser visto hasta que estemos seguros de que lo que vamos a encontrar allí no es peligroso. La balsa, costeando el istmo, será visible para cualquiera que esté oculto en la fronda. Debemos tomar todas las precauciones posibles y hacerlo silenciosamente.

—Sí —asintió la muchacha.

Comieron con apetito, aunque en silencio.

Cada uno de ellos estaba sumergido en sus propias reflexiones, desmenuzando las posibilidades que adivinaban en aquella columna

de humo.

¿Hombres? Y si eran seres humanos, ¿qué recibimiento les ofrecerían?

Tal vez fueran mutantes, otro tipo de mutantes, era entonces absolutamente imprevisible el resultado que la hecatombe sufrida por la Tierra hubiese podido tener sobre los seres humanos de distintos sitios, sujetos a diferentes condiciones de seguridad y propensos a sufrir una mayor o menor influencia de los fenómenos acontecidos.

Pero también podrían ser hombres como ellos, de un poblado similar, y entonces: ¿cuál sería su filosofía? ¿Habrían llegado a la misma conclusión que Alan Plumb?

¿Acaso querrían conservar aquel estado idílico heredado de la más atroz de las calamidades ocurridas en la Tierra? ¿O serían quizá agresivos, homicidas, salvajes?

—Vamos, muchacha, descansemos antes de continuar con nuestro viaje.

—Parrish…

—¿SÍ?

—Prométeme que regresaremos a esta isla, *nuestra* isla.

Parrish acarició la mejilla de la mujer y sonrió con dulzura.

—Prometido —dijo.

CAPITULO VI

Amanecía cuando la balsa se separó de la playa, impulsada por las pértigas.

Uno a cada lado, Parrish y Galia conducían la embarcación por la franja de mar que se abría desde la arena blanca hasta la sabana de algas gigantes.

Viajaron con un rumbo paralelo a la costa, rodeando la isla hasta enfrentarse con la silueta casi insular del extremo del istmo.

El largo corredor que lo unía con el continente permanecía oculto por el relieve escarpado y más ancho de su extremo.

No había algas en aquel estrecho corredor marino, y hacia el mediodía, con la vela henchida por una brisa benévola, la balsa alcanzó las aguas poco profundas que rodeaban el istmo.

—No veo ninguna playa —dijo Galia.

—Parece haber sido cortada a hachazos —comentó Parrish, refiriéndose a la tipología de aquellos acantilados casi verticales, fusilados por las olas del mar.

—¿Qué profundidad crees que hay?

—No más de cinco o seis metros, el fondo es perfectamente visible.

Generalmente, junto a las costas escarpadas, la profundidad del mar suele ser muy grande. Sin embargo, junto al istmo, parecía como si el fondo marino constituyera una suerte de explanada sólida y de muy poca profundidad.

Parrish pensó en esto mientras observaba fijamente la mole de tierra que se hallaba frente a la balsa.

—Tendremos que costear el istmo para hallar un sitio recogido donde dejar la balsa y luego iniciar la travesía a pie.

Con ayuda de las pértigas, controlando las olas que tendían a

aproximar demasiado la embarcación a las rocas, fueron explorando la costa, al extremo del istmo.

Una hora mas tarde habían circunvalado la alta y ancha superficie de aquella casi-isla y se hallaban ya en la coyuntura que formaba con el largo pasillo vegetal que la unía a la isla mayor, una de las catorce islas-continentes de la Tierra.

—Acerquémonos un poco más —dijo Galia.

—Sí, creo que allí hay una especie de pequeña cala.

Condujeron hábilmente la balsa hasta una fractura estrecha en el acantilado, y se introdujeron en una minúscula cala en cuyo vértice se divisaba una playa angosta y de arena cálida.

En lo alto, las murallas que cerraban la cala estaban cubiertas de vegetación y prácticamente ocultaban la luz del sol.

—Es un sitio perfecto —dijo Parrish.

Saltaron a la playa y arrastraron la balsa sobre la arena.

La sujetaron a unas grandes rocas y comenzaron a descargar todas las mochilas.

—¿Dispuesta? —preguntó Parrish Bok cuando ella se hubo ajustado las correas de su mochila.

—Sí.

—Bien, andando.

La vegetación era magnífica, más opulenta que aquella que cubría la isla de la que acababan de zarpar.

Era muy difícil andar entre aquellas redes vegetales, compactas y entrelazadas, pero valiéndose del láser y orientándose con la brújula, caminaron durante varias horas, hasta media tarde.

Multitud de pájaros de hermosos colores trinaban en las altas copas de los árboles, ejecutando extraños juegos con las ardillas y las cacatúas.

Avanzaban con rapidez y a su paso iban descubriendo una fauna completísima y amistosa.

Súbitamente, la selva se hizo menos densa, fue desapareciendo y poco después llegaron a un claro que formaba un círculo casi perfecto.

En el centro del círculo, sobre un árbol solitario y sin hojas, en la horqueta que formaban dos ramas poderosas, vieron una forma inmóvil.

El sol les impedía observar con claridad y se detuvieron.

—Ten dispuesto el fusil —dijo Parrish— y quédate aquí. Yo me adelantaré.

Galia se quitó la mochila, apretó el fusil entre sus manos y cubrió al hombre.

Avanzó por espacio de treinta o cuarenta metros, y entonces pudo ver la escena.

Amarrado a la horqueta del árbol había un niño.

Un niño de piel dorada y largos cabellos rubios. El rostro permanecía oculto, caído sobre su pecho.

Parrish se volvió e hizo señas a Galia para que se aproximara.

—Pero... ¡es un niño! —gritó la muchacha.

El niño pareció despertar y levantó su rostro.

Se acercaron al árbol.

Había una expresión salvaje en el rostro diminuto, sólo que sus facciones no eran las de un niño. Era un hombre, perfectamente proporcionado, hermoso, pero de una estatura que no sobrepasaba el metro y medio.

El hombrecillo estaba desnudo y los miraba con ira.

—Desátalo —pidió Galia.

—No os mováis —dijo el hombrecillo con una voz sorda y firme.

—¿Quién eres? —preguntó Parrish.

—Soy el elegido.

—¿El elegido?

—¿Por qué...? —comenzó a preguntar Galia.

—¡Debéis marcharos de aquí! —la interrumpió el enano.

Un rumor amenazador comenzó a cobrar consistencia entre los árboles.

Galia miró hacia la pared de frondosos matorrales y apretó el fusil con decisión.

Junto al árbol donde se hallaba amarrado el enano, había unas piedras en forma de círculo y en medio cenizas todavía calientes.

—Este era el fuego que divisamos —dijo Parrish.

El hombrecillo había dejado de prestarles atención y sus ojos miraban fijamente la selva, como si aguardara algo.

—¿Quién te ha atado ahí? —preguntó Parrish.

—Ya viene —dijo el enano.

Parrish se dio la vuelta y el horror se pintó en su rostro sudoroso.

De los árboles, a cincuenta metros de donde ellos se hallaban, había surgido una bestia increíble.

—Ven, «Tordoz» —dijo et enano—. Ven a mí, no me hagas esperar más.

Galia se había llevado el fusil al rostro y seguía los movimientos del animal.

Tal vez antes de la mutación hubiese sido un enorme antropoide. Pero ahora sólo conservaba de los grandes monos la posición semierecta de su cuerpo.

Tenía el pecho desprovisto de pelambre, y allí, a través de una fina piel transparente, podían verse las vísceras como si se tratara de una pantalla.

Los largos brazos se habían transformado en cortos muñones de los que nacían dos manos monstruosas y artríticas.

Las patas combadas, grandes pezuñas afiladas y el paso desconfiado.

La bestia se aproximaba al árbol.

La cabeza, el torso en la parte dorsal, los hombros y las piernas iban protegidas por una sólida piel de color oscuro.

El rostro del animal era algo simiesco, si bien no podía ser encasillado en esa categoría; era demasiado deforme, irregular, casi como si hubiese sido tallado por un escultor demente sobre una originaria cabeza de gorila.

Los labios desgarrados parecían una herida atroz que casi dividía en dos la cara. No tenía nariz, sólo un hueco cubierto de cartílagos que se dilataban con la respiración.

Los ojos muy separados y exageradamente bulbosos, parecían escapar de las órbitas.

Avanzaba con precaución hacia el árbol, ignorante de la presencia de los recién llegados.

—¡No os mováis! —gritó el hombrecillo.

Parrish y Galia retrocedieron, impresionados por la escena, prestos a liquidar a la bestia, pero sugestionados por la seguridad que revelaba la voz cascada del enano.

La bestia avanzó hasta alcanzar el árbol, y entonces levantó la cabeza hacia el prisionero.

Sus dedos largos y afilados se hundieron en la corteza del árbol, pero los pequeños muñones no tenían poder suficiente como para

permitirle trepar.

Entonces ocurrió lo inesperado.

El enano se zafó de sus ligaduras y saltó sobre el animal.

La bestia procuró atraparlo con sus zarpas pero éstas eran demasiado cortas.

El hombrecillo se aferró al cuello del monstruo, lejos de sus poderosas mandíbulas babeantes y a salvo de sus garras, que no podían abarcar el ancho espacio de su pecho.

Y allí se había quedado el enano.

Prendido como un insecto rosado a la piel transparente del pecho del monstruo.

Un ronquido satisfecho y enloquecido brotó del pequeño cuerpo del enano y lo que hizo entonces dejó mudos de horror a Parrish y Galia.

Sus dedos pequeños y afilados se hundieron en el pecho del animal degenerado, atravesaron la película de piel que resguardaba sus vísceras y aferraron furiosamente el corazón.

Un aullido salvaje escapó del pecho del monstruo y cayó de rodillas. El enano forcejeaba con sus pequeñas manos dentro del pecho, cubierto de sangre oscura, bamboleado por las convulsiones del animal enloquecido.

Entonces lo arrancó. Arrancó el enorme corazón y saltó al suelo justo en el momento en que el monstruo caía hacia adelante, muerto, completamente desangrado.

El hombrecillo no prestó atención a la culminación de la agonía de su adversario.

Sentado en el suelo, junto al árbol del sacrificio, mordió con voracidad la víscera todavía palpitante y sorbió la sangre ennegrecida que manaba de ella.

Galia bajó el fusil y se aferró descompuesta al brazo de Parrish.

El crepúsculo contribuyó con su luz rojiza y mortecina y dio una pincelada macabra a aquel escenario desgarrador.

* * *

¿Qué clase de horror era ése?

La astucia del hombrecillo era mortal, y había una atmósfera maligna en toda la ceremonia.

Parrish pensó en la débil figura del niño, en los rubios cabellos angelicales, en la menudez de sus miembros, y súbitamente aquel

ser casi indefenso, amarrado y sometido a un suplicio sanguinario a manos de una bestia inimaginable se desprendía de su aspecto sumiso y se transformaba en bestia él mismo, una bestia más espantosa, más sanguinaria, porque el enano de hermosas facciones y cuerpo armonioso, era un ser pensante, un ser humano, un ser diabólico.

CAPITULO VII

El hombrecillo se puso de pie.

En sus manos, el enorme corazón destrozado era algo más que un trofeo espeluznante, era el símbolo sangriento de lo que anidaba en su cerebro.

Se volvió hacia ellos. Su rostro expresaba saciedad y calma. A pesar de su aspecto maligno, cubierto de sangre, inmóvil junto al cadáver del monstruo, había una cierta delicadeza en su figura diminuta y perfecta.

—Soy el elegido —dijo, orgulloso.

Parrish cogió a Galia de la mano y juntos se acercaron lentamente al enano.

—Vosotros sois los dioses de la profecía, venid conmigo. Os llevaré al refugio.

Abandonaron el claro y se internaron nuevamente en la vegetación.

Esta vez la caminata era más cómoda, por un estrecho sendero húmedo y oscuro, bajo los últimos resplandores del sol.

El pequeño avanzaba rápidamente, con sus cortas piernas ágiles y fuertes, casi sin detenerse.

No parecía temer la aparición de ninguna fiera, como si aquella ceremonia que acababa de cumplir lo hubiese convertido en un ser divino, ajeno a los peligros terrenales.

En su mano, el corazón sangrante oscilaba a cada paso como una bandera desgarrada, y Galia no podía apartar su mirada de él.

—¿Adonde nos lleva? —susurró en el oído de Parrish.

—No lo sé, supongo que será con los suyos.

—¿Crees que la hecatombe los ha afectado reduciéndolos de tamaño?

—No lo sé.

—Tengo miedo —dijo ella.

Era la primera vez que escuchaba esa palabra en labios de la muchacha.

El miedo había sido exorcizado en la *Ciudad de los Humanos* tras la matanza de los mutantes.

Y ahora resurgía. Era una sensación pegajosa que Parrish también experimentaba. No se trataba solamente de lo desconocido, ¿cuál era el pueblo del hombrecillo? ¿Cómo se habían transformado de hombres en enanos? ¿Por qué ese ritual espantoso?

No, era algo más. Una sensación que tocaba un rincón muy profundo de la conciencia, un hueco donde dormían desde siempre los datos atávicos de la existencia del hombre.

Y ese miedo había sido activado por la aberrante lucha del hombrecillo y la bestia.

Parrish pasó un brazo por los hombros de Galia y trató de infundirle ánimo, seguridad.

Galia, sin embargo, intuyó que Parrish estaba sumergido en el mismo abismo que ella, un abismo de dudas y extrañas ideas.

* * *

Como las ruinas de una civilización precolombina, los edificios de la ciudad devastada parecían crecer de la selva húmeda.

El sol atravesaba penosamente las altas copas de los árboles y sus rayos flotaban en la atmósfera pegajosa y llegaban a la tierra en forma de lunares pálidos.

En los muros de la ciudad gris crecían las enredaderas y a medida que avanzaban por ella una tristeza inconsolable se apoderaba de los viajeros.

Parrish conducía a Galia por entre las estructuras fracturadas y vetustas. Los músculos tensos de la mujer hablaban por sí mismos de sus sentimientos.

Varios metros delante de ellos el minúsculo hombrecillo caminaba al mismo paso, infatigable, portando el corazón descomunal de la bestia muerta.

Se detuvo ante un edificio más alto que los demás, hundido en la tierra blanda, y les invitó a pasar.

Parrish empuñó la pistola.

Galia dispuso su fusil láser y continuaron la marcha.

Tal vez el edificio había sido una central de investigaciones biológicas, porque se podían apreciar los enormes bancos de plástico sosteniendo aparatos irrompibles que se trenzaban en el aire como alambiques vacíos.

Allí había un centenar de pigmeos. Todos hermosos y desnudos. Hombres y mujeres estéticamente perfectos, reducidos al tamaño de niños, con sus rubios cabellos labios enmarcando los rostros agradables y de expresión afiebrada.

—¿Qué significa esto? —preguntó Galia en voz queda.

—Esperemos —aconsejó Parrish.

El hombrecillo miró triunfalmente a sus congéneres y dejó el corazón sobre una tarima de piedra.

—He traído el corazón de «Tordoz» —dijo con calma.

Con la misma parsimonia se dirigió a donde se hallaban sus semejantes y se sentó junto a ellos.

—La profecía se ha cumplido, han llegado los extranjeros, estaban allí cuando «Tordoz» salió de la selva.

—El manuscrito ha dicho la verdad —agregó otro de los hombrecillos y poniéndose en pie enseñó a los demás una carpeta de tapas plásticas.

Se adelantó hasta donde se hallaba la piedra en forma de tarima y depositó la carpeta junto al corazón sangrante.

—Venid conmigo —ordenó entonces al pueblo de enanos y se encaminó hacia la salida.

Todos le siguieron en silencio.

Cuando pasaron junto a los dos viajeros ninguno los miró, llevaban el rostro hundido en el pecho y caminaban rápidamente, cadenciosos y perfectos.

Parrish y Galia se quedaron solos.

Miraron aquel recinto con aprensión, casi en estado de shock.

¿Qué clase de pueblo era ése?

Eran hermosos y delicados, pero también expresaban una especie de rictus maligno en sus rostros magníficos.

Parrish se adelantó y se detuvo junto a la piedra donde reposaba el corazón.

Lo miró durante un instante y luego cogió la carpeta de tapas plásticas.

Galia miró por encima de su hombro.

—Es un informe científico —dijo él.

Su expresión cambió a medida que leía el texto. Se sentó, transportado por la lectura, y Galia le imitó.

Allí, en medio de aquella estancia decadente y destrozada, junto a un extraño altar de sacrificios, leyó la historia increíble.

Había un fuego de leños junto al altar, y allí, ajenos a todo lo demás, se adentraron en aquel informe demencial.

A medida que promediaba la noche, las páginas del informe eran más y más horrendas.

Si Parrish había pensado que el afán de poder del «Organum» había llegado a su cénit proponiéndole aquel viaje a través del tiempo, esto que tenía en sus manos era todavía más pretencioso.

El informe no dejaba lugar a dudas.

Aquellos pequeños, hermosos y perfectamente desarrollados seres no eran producto de la hecatombe ocurrida cuando el «Fénix» buscó el hueco en el tiempo. Habían sido generados por los científicos del «Organum», en una base científica ultrasecreta, eran criaturas *hechas por el hombre.*

Galia había dejado de leer.

Apoyó el rostro en el hombro de Parrish y cerró los ojos con fatiga.

Parrish continuó la lectura hasta el final.

Cuando dejó el manuscrito sobre la piedra de los sacrificios, la sangre se había helado en sus venas.

Galia pareció recuperarse de su sopor y lo miró fijamente a los ojos.

—Cuéntame —le dijo—, explícame lo que dice el documento. Tú eras científico, explorador del espacio.

Para ti será sencillo encontrarle una explicación a todo esto.

Parrish tenía las pupilas dilatadas, brillantes y fijas en un punto invisible, más allá del rostro ansioso de su compañera.

—Sí, tal vez hablando de ello pueda comprender… sólo comprender…

Las primeras luces del sol se colaron por el techo derruido del edificio".

Había amanecido otra vez pero este día no sería igual a los demás.

Parrish se puso en pie y recorrió la estancia.

Galia le observaba en silencio, dándole tiempo a organizar sus ideas, a encontrar el hilo directriz de sus reflexiones, a metabolizar aquella historia sórdida y espeluznante.

Los hombrecillos no habían regresado tras su marcha.

Sin embargo, Parrish no deseaba verlos todavía. Era necesario comprender su historia, el porqué de sus vidas salvajes y temerosas, la razón de su idiosincrasia.

—Sentémonos —dijo Parrish.

Galia se sentó junto a él y se cogió de su brazo sin quitarle la vista del rostro.

—El «Organum» ¿era algo más que un sistema aséptico y computerizado —dijo entonces—. Sus planes iban más allá del pseudo-bienestar de los hombres en un sistema desprovisto de emociones.

Hizo una pausa y prosiguió:

—El «Organum» era un experimento.

CAPITULO VIII

—¿Cómo un experimento? —preguntó Galia.

—El hombre creó un sistema de computación perfecto —comenzó Parrish—. Tan perfecto que con el tiempo se convirtió en autosuficiente.

Sostenía la carpeta entre las manos como si no pudiera creer que en aquellas hojas ajadas y amarillentas estuviera contenida la verdadera historia de la civilización conducida por el «Organum».

Galia le escuchaba temerosa, había algo en el tono de voz de Parrish que ella no había vislumbrado jamás.

—Llegó un momento en que los datos que alimentaban a la *Computadora Madre* excedieron su propia capacidad de asimilación. Todo está aquí —agregó él, y golpeó con los dedos las tapas plásticas del informe.

—No entiendo —dijo Galia.

—Verás, la computadora madre era en realidad el núcleo de la civilización terrestre. Era su memoria, su consejera, su monitor, su parámetro ético y... su religión.

La comprensión obnubilaba el criterio de Parrish, las ideas luchaban por salir del torbellino que era su mente y se arremolinaban en el embudo de su conciencia.

Eligió las palabras.

—En un momento dado, todo ese incalculable mundo de datos dejaron de ser compartimientos estancos, meros hechos cuantitativos, y sufrieron un cambio. No sé cómo ni en qué momento ni por qué razón concreta, pero sufrieron un cambio cualitativo y entonces la computadora madre comenzó a trabajar por su cuenta.

Galia le miraba azorada.

Tras una pausa, Parrish aspiró profundamente y prosiguió el relato.

—A partir de entonces fue ella la que conducía el «Organum», con independencia de los datos que le eran recabados. ¿Entiendes? Escucha, la computadora decidía más allá de las posibilidades que el «Organum» le reconocía. Fue entonces cuando se inició la época más fría, más deshumanizada, más insensible. Hasta la misma ley fue puesta a prueba y se prohibieron los afectos. La computadora decidió experimentar con el hombre, y el hombre le había dado los elementos para hacerlo.

—Continúa —dijo Galia, atisbando por aquella ranura de información y viendo más allá, casi intuitivamente, el horror que todo aquello significaba.

—Los viajes a otras galaxias, la depredación de planetas enteros en busca de materias primas, la «maquinización» del hombre y la sociedad, todo fue dispuesto por la computadora, que lenta, pero inexorablemente, llevó al hombre a una situación casi irreal, a una situación de hombre-máquina.

No había ningún sonido en el recinto.

La selva, los pájaros, los hombrecillos, todo había desaparecido, y sólo el horror mudo y ciego crecía como una revelación nefasta en el edificio destruido y comido por una naturaleza voraz.

—El hombre también tenía algo en él que era fácilmente evaluable por la computadora. Es demasiado simple para ser real, y sin embargo, es prácticamente real. ¿Me explico? La computadora contaba para ello con toda la información existente, conocía la naturaleza del hombre a través de la historia del mundo. Podía echar mano de todo, de *TODO*. Así de simple.

Parrish hundió la cabeza en las manos, y durante algunos segundos, Galia pensó que se había adormecido.

Cuando levantó el rostro, sus ojos parecían afiebrados, luminosos.

—Siempre hubo especulaciones acerca de las posibilidades que tendría la computadora madre para cobrar discernimiento propio.

Parrish lanzó una carcajada.

—¡Y hasta estas mismas posibilidades fueron evaluadas por la computadora! —gritó Parrish.

Miró el informe que tenía en las manos y recorrió las hojas con

mirada incrédula.

—Esta vez la computadora ha ido más lejos que todas las previsiones —dijo, súbitamente serio—. Engañó al sistema del «Organum». Les hizo creer que eran ellos los que tomaban las decisiones y los condujo inexorablemente a su exterminio.

—Pero… ¿y nuestro viaje, también…?

—Nuestro viaje fue la máxima ambición de la computadora madre, su última meta, por decirlo de algún modo.

—¿Y esa gente, de dónde ha salido? —preguntó Galia.

—Ya llegaremos a eso —replicó Parrish—. La computadora ideó también un mecanismo de defensa muy hábil. Yo fui un disidente del sistema, pero mi conducta resultaba provechosa para ellos, es decir… para la computadora. Los datos con las características de mi carácter fueron procesados y ella me eligió para su misión más importante, atravesar el hueco del tiempo. Pero…

—¡Pero qué! —estalló Galia.

Parrish acarició los largos cabellos de la muchacha y la atrajo contra su pecho.

—Sé que es difícil de entender, cariño, pero es necesario llegar al final. Había más disidentes en el sistema creado por el «Organum», gente que podía atentar contra el imperio de la computadora madre. Ella procesó sus datos y creó el modo de someterlos.

Parrish se puso de pie y con los brazos extendidos abarcó aquel ámbito derruido con una expresión incrédula en el rostro.

—Este era el laboratorio donde experimentaban con los disidentes. Un equipo de científicos les aplicaba las últimas revelaciones biogenéticas, los últimos hallazgos en materia de recomposición cromosómica, no conozco los detalles del proceso, pero algo está claro: los utilizaban como conejillos de indias a fin de readaptarlos, de convertirlos en hijos disciplinados a las directrices de la computadora.

—¿Estos hombrecillos son…?

—No, ellos no —replicó Parrish.

—No entiendo, entonces… ¿quiénes son?

—Aquí trabajaba un equipo de científicos. Su labor era absolutamente secreta. Procuraban modificar biológicamente a los disidentes, someterlos a una metamorfosis que permitiera

reincorporarlos sin peligro a la sociedad compartimentada e insensible del sistema. Pero también hicieron otra cosa. Se adelantaron a los hechos y los científicos, con todo ese material humano en sus manos y prácticamente sin ninguna oposición, decidieron experimentar con la vejez.

Galia se paseaba frente al hombre con los brazos cruzados en su pecho palpitante, y el cabello renegrido caído sobre el rostro tenso.

—Crearon un tipo de hombre cuya edad madura llegara a su cénit a los veinte años. Podrían convertirse en seres productivos, perfectos y geniales tan sólo en veinte años de existencia. De los veinte a los treinta años, brindarían su talento a las directrices de la computadora, y al cumplir los treinta morirían.

—Pero... ¿por qué?

—Porque una población activa con un promedio de veinticinco años y con la madurez y los conocimientos necesarios es óptima para el desarrollo de un sistema computerizado como el previsto por la computadora madre. Los científicos apelaban a ella para continuar su trabajo, y ella los orientaba en el sentido que había previsto. ¿Parece demencial? Pues no lo es. En realidad, es simple, si aceptamos que la computadora había obtenido *poder de decisión independiente.*

—Creo que comprendo y no me gusta.

—En realidad, lo único que hizo la computadora fue estimular el afán desmedido de progreso que existía en el hombre, no hacía más que alimentar lo que hay de amoral en el pensamiento científico. Y consiguió su propósito, o al menos, casi lo consiguió.

Galia había detenido su paseo sesudo.

—¿Casi? —preguntó.

—Casi —afirmó Parrish.

—¿Por qué casi?

—Porque no pudo controlar un aspecto del programa.

—¿Cuál?

—Las consecuencias de un viaje a través del tiempo. No había ningún antecedente en su poderosa memoria que le permitiera considerar todas las posibilidades. Por eso el viaje fue un éxito, porque dependía de ella. Pero las consecuencias fueron catastróficas, porque la computadora no las podía prever.

—Entiendo..

—Los científicos de este laboratorio consiguieron crear un hombre óptimo, físicamente perfecto, mentalmente idóneo, y para ello debían vivir apresuradamente las etapas que ha vivido la humanidad desde su origen. Cuando nosotros atravesamos el hueco del tiempo, estos seres estaban en la etapa correspondiente a las antiguas culturas, las culturas de los ritos sangrientos y las supersticiones. Allí explotó todo, y ellos, los hombrecillos, quedaron detenidos en la etapa que estaban atravesando. Físicamente ésa era la altura que les correspondía y mentalmente viven según los preceptos de los cultos más sangrientos de la antigüedad.

—Es imposible.

—Parece imposible, pero aquí está todo —replicó Parrish señalando el informe.

—¿Todo está ahí?

—Así es, éste es… algo así como el diario de operaciones de la computadora. Del mismo modo que los antiguos llevaban el cuaderno de bitácora, y nosotros, los astronautas, un computador de vuelo en el que registramos todo lo que ocurre en un viaje intergaláctico, así la computadora ha registrado todo el programa en este informe, lo ha plasmado en lenguaje matemático y luego lo ha decodificado a fin de que constara en caracteres legibles por sus seres inventados. Es una especie de Biblia demencial. Una Biblia escrita por la máquina más perfecta de la historia. Una máquina que ha muerto.

Una suave brisa entró por el portal del edificio y agitó la hojarasca del suelo.

Galia se volvió.

—Están aquí —dijo impresionada.

Parrish también se volvió.

Todos estaban ahí, varias decenas de hombrecillos, desnudos y estupefactos, observándolos con ojos malignos.

Parrish conservó el informe bajo el brazo.

Galia se acercó a él buscando seguridad y protección. El relato del hombre la había despojado de su firmeza y decisión habituales. La había hecho estremecer.

El se acercó al oído de la muchacha y le susurró algunas palabras.

Todos los pequeños engendros miraban impertérritos a los dos

forasteros.

—Creen que somos dioses —dijo Parrish—. Lo dice el informe. Los hombres son dioses, los científicos que tendrían que haber terminado el experimento, debían ser considerados como verdaderos mesías. Ese es ahora nuestro papel, un papel desdibujado por la interrupción del experimento.

Los hombrecillos comenzaron a avanzar hacia ellos.

—No temas —dijo Parrish—. Creo que ahora estoy en condiciones de comprenderlos.

CAPITULO IX

Se detuvieron muy' cerca de ellos.

Eran una generación idéntica, única y condenada a morir al unísono, como personajes de una tragedia magnifica que aguardaran irremisiblemente un final definitivo.

Porque ellos, los hombrecillos, lo sabían.

Según los cálculos de Parrish, habían llegado ya a la edad prevista para su desaparición.

No podía atribuirles los cuarenta años transcurridos en la *Ciudad de los Humanos*, cuando el «Fénix» aterrizó en sus proximidades.

No había leyes uniformes para aquel planeta recompuesto catastróficamente.

Sin embargo, las características físicas de los enanos acusaban el paso de los años y ahora, viéndolos agrupados y a pocos centímetros de distancia, podían con-• firmar aquella suposición.

En los rostros bellísimos se vislumbraba como una máscara sutil de deterioro, de una vejez prematura, una casi ancianidad prevista médicamente y controlada en su primera etapa, la etapa de gestación, por un equipo científico que sabía lo que hacía.

Pequeñas arrugas huían de los extremos de los ojos y se internaban debajo del largo cabello rubio para reaparecer junto a las orejas.

Los labios finos y serios acusaban cierta flacidez en los extremos, y cuando los hombrecillos hablaban o se movían, la carne floja temblaba imperceptiblemente.

No había otro signo de vejez como no fuera la variable expresión de sus ojos.

Las pupilas parecían cobrar vida y manifestar los sentimientos primarios con una fidelidad aterradora.

El odio, la violencia y el fanatismo afiebrado podían leerse claramente en la humedad agresiva de aquellos ojos hermosos y vivos.

Sin embargo, un minuto después parecían vaciarse de expresión, hundirse en los laberintos del cerebro y ya no decían nada, absolutamente nada.

Entonces, no eran más que muñecos quietos, mudos y extrañamente expectantes.

Galia experimentaba un conflicto de sentimientos en presencia de aquella tribu creada por una computadora gracias a la ambición desmedida del hombre.

Por una parte, parecían niños, y como tales provocaban un espontáneo sentimiento de protección y ternura.

Pero sin embargo eran hombres, hombres y mujeres avejentados, con una historia terrible a sus espaldas, y con un futuro que los condenaba desde siempre.

Y esta contradicción los hacía fascinantes y al mismo tiempo terroríficos.

Una de las pequeñas mujeres estiró el brazo y sus dedos afilados y delgados rozaron el muslo desnudo de Galia..

Parrish la sujetó para que no expresara desagrado y apartara la pierna.

Como si aquel gesto hubiese sido una orden prevista, todos tocaron a los forasteros, palpando sus cuerpos enormes y duros, reconociendo a sus dioses esperados.

Toda la ceremonia duró mucho tiempo, y Parrish sentía a su vez algo muy especial.

Había sido el hombre el que creara la computadora, y luego fue ésta la que obligó sutilmente al hombre a que desarrollara sus decisiones.

Sin embargo, este pueblo artificial y seriado era efectivamente una *obra humana.*

Durante una fracción de segundo, se sintió orgulloso de pertenecer a la raza humana, de ser un miembro de aquella cultura tecnológica que había conseguido inventar un tipo de vida controlado y perfecto.

La satisfacción duró muy poco, lo suficiente como para que Parrish comprendiera que él mismo llevaba en su cerebro el germen

de la ambición, el orgullo, de la falta de moral que caracterizara al sistema ideado por el «Organum» y usufructuado por la computadora madre.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza y buscó en la piel de Galia una referencia más próxima y vital.

La muchacha temblaba imperceptiblemente, bajo las caricias de aquellos enanos magníficos y moribundos.

Repentinamente, todos los hombrecillos se apartaron de ellos.

Entonces vieron al «elegido», todavía cubierto de sangre, la sangre seca del animal sacrificado.

Se adelantó solo y los miró fijamente a los ojos.

No había ningún calor en su mirada, sólo una idea fija consumida por su propia energía.

—Presenciaréis el final de la historia —dijo con voz áspera y chirriante.

—¿Quién eres? —dijo Parrish.

—Soy el «Elegido», el que debe encabezar la última batalla.

—¿Batalla? —preguntó Galia.

El hombrecillo la miró con indiferencia, ocupado en sus reflexiones.

—La batalla está próxima.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya no tenemos tiempo. Hemos cumplido con el final de la profecía.

—¿Contra quién vais a luchar?

—«Tordoz» —replicó escuetamente el hombrecillo.

—Pero… si ya lo has hecho, nosotros te hemos visto. Aquí está el corazón de «Tordoz».

—Esa fue la primera acción, yo debía ser el vencedor y entonces moriríamos felices. Si «Tordoz» me hubiese matado, nuestro pueblo desaparecería sin conocer a nuestros dioses.

Parrish reflexionaba frenéticamente.

¿Sería posible que aquel pueblo diminuto hubiese desarrollado una religión particular?

Sí, ¿por qué no?

Librados a sus propios recursos, detenida su educación en una época en la que reinaba la superstición, aquellos seres podían, y debían, inventarse una historia, una filosofía propia que explicara la

razón de su vida.

Habían sido hechos por el hombre, y diseñados por una computadora, pero eran seres humanos y como tales necesitaban explicarse los interrogantes eternos: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adonde vamos?, y junto a estas preguntas básicas, los innumerables *porqué* que acompañan a cualquier hombre durante toda su existencia.

El «Elegido» pareció comprender lo que pensaba Parrish.

Un atisbo de sonrisa curvó sus labios finísimos y apretados.

—Seguidme —dijo entonces.

Salieron del edificio en ruinas, andando detrás del hombrecillo ensangrentado, y volvieron a encontrarse fuera, bajo la sombra patética de los grandes árboles, sobre la hojarasca húmeda y pestilente.

El «Elegido» señaló una construcción precaria a poca distancia de donde se encontraban.

Se dirigieron hacia allí en silencio.

Era una procesión respetuosa y decidida, sólo que para los dos forasteros el objeto de aquella marcha todavía era desconocido.

Entraron en la precaria choza y vieron la boca de la caverna al fondo, débilmente iluminada por pequeñas antorchas de resina.

El hombrecillo no se detuvo, continuó adelante con paso enérgico y se introdujo en la cueva.

Parrish llevaba la pistola láser en la cintura y su mano en la empuñadura.

Galia, como una autómata a la que los acontecimientos han superado, le seguía mecánicamente con el fusil colgado a la espalda.

Parrish no tenía miedo, esta vez era una enorme curiosidad la que hacía trabajar activamente su cerebro.

El hombrecillo los guió por un único túnel de paredes y bóveda rocosa. El paseo duró media hora y los dos forasteros debían caminar encorvados.

La altura del túnel, que alguna vez había sido suficiente para que un hombre normal pudiese recorrerla a pie, se veía reducida por una gran cantidad de sedimentos y fango que se acumulaban sobre el piso.

La iluminación era difusa y las paredes permanecían invisibles a su paso. Sólo distinguían el terreno que pisaban, y aun así

caminaban con precaución.

Parrish apretó la mano de Galia, pero ella no respondió. No podía verle el rostro, pero adivinaba su expresión demudada en la húmeda oscuridad de la cueva.

El «Elegido» se detuvo y se volvió hacia ellos.

Durante algunos minutos miró fijamente el rostro de Parrish, que casi estaba a su misma altura.

—Esta es la leyenda —dijo gravemente—. Nuestra historia y nuestro final.

Continuó andando algunos metros y desembocaron en un gran vestíbulo natural.

No se veía prácticamente nada, pero a medida que los demás hombrecillos fueron entrando, cada uno con una pequeña antorcha entre las manos, la iluminación comenzó a mejorar.

—Ella es la madre —dijo respetuosamente el «Elegido».

Parrish y Galia se detuvieron.

Todo el pueblo de seres diminutos los rodeó y la iluminación fue perfecta.

Allí estaba.

Parecía una momia cibernética, anquilosada por el tiempo muerto, corroída y oxidada, pero todavía amenazadora como un espíritu maligno. Y tal vez lo fuera.

El terminal de la computadora madre.

CAPITULO X

Galia cayó de rodillas ante el aparato muerto.

Parrish contempló la computadora con un respeto diferente.

No era ya aquel artefacto perfecto y activo, la maravilla que conocía todas las respuestas, el organismo electrónico que decidía entre millones de variables cuál era la mejor.

No.

Era algo más.

Era la culpable.

Parrish comprendió por fin qué era lo que desde siempre había habitado como un feto monstruoso entre los millones de circuitos y placas, en el útero inviolable y autosuficiente de la computadora madre.

Y esta revelación se ajustó a su cerebro como una imagen parásita y definitiva.

Los hombrecillos se movieron alrededor ¿e la computadora extinguida e iluminaron las paredes abovedadas del recinto.

Y allí estaba la historia de los hombrecillos, dibujada en las paredes como aquellas otras representaciones viejísimas que existían en Altamira.

Pero estos dibujos eran diferentes, respondían a seres de otra época, a seres huérfanos y condenados.

Los dibujos componían un mural patético.

Desde el principio aparecían todos los hombrecillos, como si fuesen un organismo único y tal vez lo fueran.

Su vida en aquella tierra extraña que habían heredado después de la hecatombe.

Su modo de vivir, alimentándose de animales y unos pocos frutales, construyendo continuamente, casi desesperadamente, su

propio pasado y también la inevitabilidad de su futuro.

Allí, con trazos precisos y graves, estaban los sacrificios sangrientos de todo tipo de animales, y también el suplicio y la sangre.

Como si hubiesen interpretado desde el principio cuál había sido su verdadero origen, el pueblo diminuto, ofrendaba sangre a la computadora muerta.

Y tal vez ese gesto demencial constituyera la síntesis de lo que, efectivamente, había significado la computadora.

Una máquina real y desbocada que se alimentó siempre de sangre, hasta la última gota.

Incluso ahora, destruida y silenciosa, parecía amenazadora y llena de fuerza, porque aunque sus circuitos no fueran más que basura retorcida, y sus paneles estuvieran quebrados y enmohecidos, vivía intacta en aquel diminuto pueblo como si para ellos fuera una diosa voraz e inmortal.

Parrish y Galia recorrieron la galería de dibujos y comprendieron a aquellos seres pequeños y hermosos.

Comprendieron sus misterios, sus aprensiones, sus miedos, sus carencias y sobre todas las cosas, vieron claramente el porqué de su agresividad, de su violencia, de su supersticiosa modalidad de vida.

Al final del corredor, cuando ya casi regresaban a la boca del túnel por el que habían entrado, había dibujada una gran planilla llena de pequeños compartimientos.

Todos ellos, miles y miles, tenían un círculo en el centro.

Sólo uno, al final de aquel mural casi matemático, estaba vacío.

Parrish se volvió hacia el «Elegido» y lo miró interrogante.

—Esa es nuestra vida —dijo el hombrecillo.

Parrish volvió a mirar aquellas cuadrículas sin entender qué significaban.

—Mañana será nuestro último día —les dijo el «Elegido».

Sí, eso era.

Aquellos círculos eran el sol.

Cada vez que el sol se ponía, los hombrecillos llenaban una cuadrícula.

Allí estaban representados sus treinta años de vida.

Sólo una cuadrícula permanecía vacía.

—Mañana será la batalla.

Galia pareció recobrarse súbitamente y de repente estiró su mano para acariciar con suavidad al hombrecillo.

El enano rubio no se apartó.

Casi se diría que aquel gesto inesperado le dulcificó la expresión.

—Hijo... —musitó Galia.

Ella «o sabía por qué lo había dicho, pero tampoco le importaba haberlo hecho.

Era su sensibilidad maternal la que había hablado en aquellos momentos, y su mano agitó los cabellos del «Elegido» como si no fuera más que un hijo travieso.

—Todos somos hijos —le dijo el «Elegido» con firmeza—. Ella es la madre.

Señaló la computadora desvencijada y emprendió el camino a la salida.

Parrish cogió a Galia por los hombros y unidos firmemente, regresaron por el túnel sombrío a la otra oscuridad, la del sol que se ponía más allá de la selva impenetrable. El último sol de aquella generación moribunda.

CAPITULO XI

Recorrieron en grupo las calles oscuras y engullidas por la vegetación, siguiendo obedientemente al «Elegido».

Una cierta magia se desprendía de aquella procesión iluminada por minúsculas antorchas de resina.

Parecían duendes nativos brotados de las raíces de la jungla para participar en un aquelarre secreto.

Los pies se hundían en las hojas y el fango, tropezaban con ramas caídas y putrefactas, y componían una melodía monótona, sacra.

Un poco más adelante que ellos, el «Elegido» se apartó de la calle y se detuvo frente a una vieja torre hundida en la tierra y que permanecía milagrosamente intacta.

—Esta será vuestra morada —dijo el hombrecillo.

Se apartó para permitirles la entrada.

La torre tenía dos pisos y ventanas enrejadas que se abrían entre las enredaderas que cubrían su estructura sobre la calle central.

Sobre una piedra cuadrada había frutas y carne cruda.

Un fuego crepitaba junto a la piedra, en un pequeño hornillo.

Dos cántaros contenían agua dulce y junto a ellos, como un regalo de despedida, estaba la carpeta de tapas plásticas que brillaba con el fulgor de las llamas.

—Debéis descansar antes de la batalla —dijo el «Elegido»—. Debo irme.

Se retiró sin darles la espalda, mirándolos fijamente a los ojos.

Cuando llegó a la puerta de entrada, una pesada hoja de metal, la cerró delicadamente.

Galia se sentó junto al fuego.

Parrish hojeó la carpeta y volvió a dejarla en su sitio.

—¿Tienes hambre? —inquirió, y su pregunta le pareció absurda e improcedente.

—Sí, tengo hambre —replicó Galia, no obstante.

La muchacha cogió dos trozos de carne cruda, los atravesó con una rama verde y comenzó a cocinarlos sobre las llamas.

Durante todo el proceso de cocción, permanecieron silenciosos, aspirando el aroma de la carne crepitante y aferrándose a ese olor natural, casi cotidiano, para olvidar por un momento aquella epopeya espeluznante.

Galia le entregó un trozo y ella devoró el suyo con apetito.

Parrish podía sentir el trabajo muscular de sus mandíbulas, el esfuerzo masticador de sus dientes, el desgarramiento de la carne, el sabor delicioso y la tibieza como si fuera un espectador de su propio acto de comer.

Galia también parecía concentrada en los alimentos.

Comieron los frutos, todos, bebieron di agua dulce de los cántaros.

Hacía más de un día completo que no probaban bocado, sin embargo, no era ésa la razón que los impulsaba a consumir todo lo que tenían.

El acto de comer se había convertido en un modo de escapar, de defenderse de la andanada de pensamientos, de elucubraciones que crecían en sus cerebros como animales gigantescos y prepotentes.

Cuando no hubo quedado nada, Galia se puso en pie y reunió hojas secas junto al fuego.

Parrish la observaba con interés.

El cuerpo de Galia, su piel broncínea, sus largos miembros, su cadera materna, sus senos henchidos y voluptuosos, habían recobrado su sensualidad.

Galia se apostó sobre el lecho de hojas.

—Ven —le dijo suavemente.

—Eres hermosa, Galia.

Ella sonrió dulcemente y estiró las manos hacia él.

Parrish obedeció presuroso a aquel llamado imperativo de la mujer. Se acostó junto a ella y la abrazó con ternura, fundiendo su propio calor con el calor de la muchacha.

Se abrazaron con lenta desesperación, como si desearan aprovechar cada partícula del otro, apoderarse de un solo instante

de comunión.

El fuego crepitaba alegremente junto al improvisado lecho y su calidez se sumó a la tibieza del abrazo.

Antes de que pudieran pensar en nada más, antes de que pudieran consumar aquella necesidad de poseerse, el sueño les conquistó misericordioso.

* * *

Se despertaron angustiados.

El fuego se había consumido en el hornillo, y una claridad precoz se filtraba por las ventanas enrejadas.

Un lamento grave y monótono les llamó la atención.

—¿Qué es eso? —preguntó Galia.

—Están cantando —respondió Parrish.

Se levantaron y marcharon hacia la puerta.

Parrish procuró abrirla, pero le fue imposible. Estaba atrancada desde afuera.

—Nos han encerrado —informó.

—¿Por qué, por qué lo habrán hecho?

—Creo que lo sé —dijo él, y buscó un sitio por el que pudieran salir de la torre.

—Las ventanas de la otra planta —dijo Galia.

Subieron por una escalerilla metálica que chirrió con cada paso, y alcanzaron la segunda planta.

Se asomaron a una de las ventanas enrejadas y miraron la calle principal.

Alrededor de una gran hoguera que despedía un humo oscuro y espeso, estaban todos los hombres y mujeres de aquella generación diminuta.

Portaban en sus manos antorchas de resina, y miraban fijamente hacia el otro extremo de la calle donde empezaba la selva impenetrable.

El canto que surgía de sus gargantas era un lamento largo, áspero, monótono y adormecedor.

—¿Qué hacen, por qué cantan de ese modo?

—Espera y lo verás —replicó Parrish.

—La hoguera, el humo, el fuego, atraerá a las bestias.

Parrish la miró comprensivo.

La expresión de Galia se hizo dura. Sus músculos dibujaron el

horror en sus facciones magnificas.

—¡No! —gritó—. ¡No es posible!

—Sí, lo es —dijo Parrish—. Están llamando a «Tordoz», van a sacrificarse. Ellos han inventado una filosofía que escapa a los designios de la computadora. Morirían de todos modos, pero no quieren morir como marionetas, morirán luchando, será su último sacrificio, cumplirán con la leyenda que se han impuesto. Serán los últimos mártires del «Organum».

Un sollozo desgarrador quebró el pecho de la muchacha, y las lágrimas corrieron por sus mejillas descompuestas.

Un rugido espantoso surgió de la selva y Galia miró hacia el extremo de la calle.

Sus manos aferraron los barrotes, y sus nudillos palidecieron por el esfuerzo.

—No —dijo simplemente, como si hablara consigo misma.

Varios monstruos simiescos, con los pechos transparentes y su andar torpe y bamboleante, avanzaron por la calle principal en dirección a la hoguera y al humo.

Los hombrecillos continuaron cantando imperturbables.

Era una escena escalofriante, y sin embargo, había una gran belleza en la quietud estoica del pueblo diminuto, junto al fuego crepitante, bajo la difusa luz del sol del amanecer.

Los monstruos avanzaron desordenadamente, tropezando a cada paso, y cuando sólo les separaba una veintena de metros del grupo de seres hermosos y condenados, echaron a correr furiosos hacia ellos.

Hasta el último instante los hombrecillos continuaron cantando, y cuando los monstruos estuvieron encima de ellos, les arrojaron las frágiles antorchas y procuraron trepar a los pechos translúcidos para hundir en aquella cobertura ligera sus pequeñas manos huesudas.

Algunos de ellos lograron su cometido, pero no tuvieron tiempo de arrancar el corazón.

Cayeron aplastados bajo el peso descomunal de las bestias.

Galia observaba la carnicería con el rostro demudado. Se volvió hacia Parrish.

—¡Las armas! —gritó—. ¡Debemos ayudarles!

—Es inútil —dijo él.

—Pero…

—Hazlo si quieres, pero es inútil; ya están muertos de todos modos, y ellos han elegido el modo de morir.

Galia se apartó de la ventana y corrió escaleras abajo en busca del fusil.

Regresó presurosa y por entre los barrotes de la ventana comenzó a disparar contra las bestias.

Destrozó a dos de ellas y luego el fusil se descargó.

—Se ha agotado la carga —dijo Parrish.

—¡La batería solar! —gritó Galia, desesperada.

—No está aquí, quedó en el edificio del sacrificio, junto al corazón sangrante.

Galia dejó caer el fusil, impotente.

Parrish extrajo su pistola y la ofreció a la muchacha, pero ella la rechazó.

Había comprendido finalmente que aquel gesto de salvamento no era por los hombrecillos, sino por ella misma.

Afuera la lucha desigual y sangrienta continuaba implacable.

Los cuerpecitos mutilados cubrían el suelo en las posiciones más absurdas.

Algunos habían muerto adheridos a los pechos de los monstruos y se bamboleaban allí al compás de los furiosos movimientos de sus verdugos.

El «Elegido» estaba en el suelo, junto al fuego, cubierto de sangre.

Durante unos segundos, cruzó su mirada con ellos y Galia creyó advertir una sonrisa en sus labios apretados.

Un fulgor de rebeldía brilló como un relámpago en las pupilas del «Elegido», y saltó contra uno de los horribles simios.

Sus manos se hundieron en el pecho endeble de la bestia, pero esta vez no tuvo tanta suerte.

El corto muñón se tensó hacia él y la garra afilada logró atraparlo.

Las uñas se hundieron en la espalda del hombrecillo rubio y lo arrancaron como si fuera un insecto.

El monstruo lo agitó en el aire a medida que sus garras penetraban más y más en el cuerpo torturado del «Elegido», y luego lo arrojó lejos.

El «Elegido», su cuerpo desarticulado, cayó en medio de la hoguera.

La lucha no duró mucho más.

Ninguno de los hombrecillos había huido, todos aceptaron aquel final que ellos mismos habían inventado en contra de la estúpida y aséptica eliminación prevista por la computadora.

Todo había terminado.

* * *

Con la pistola láser, consiguieron fundir los goznes de la puerta y abrirla.

El espectáculo era espantoso.

Los monstruos se habían marchado y una alfombra de hojas sangrantes cubría la calle casi en su totalidad.

—¿Qué haremos ahora? —gimió Galia.

—Estoy pensando —dijo Parrish.

—Creo que el «Elegido» nos dio una pista —exclamó Galia.

Parrish no la miró, continuaba adherido al horror y la muerte como un espectador hipnotizado.

Galia se puso delante de él, apresó su rostro con las dos manos y lo besó en los labios.

—Lo quemaremos todo —dijo.

Juntaron ramas secas, hojas, todo cuanto pudiera arder y la pistola láser hizo el resto.

En cada edificio repitieron la operación, y al cabo de una hora, cuando el sol estaba en medio del cielo, la ciudad de los hombrecillos ardía como una tea.

—Vámonos —dijo Parrish.

Cogieron las mochilas y desandaron el camino que recorrieran pocas horas antes, precedidos por el «Elegido».

No tuvieron ningún tropiezo.

La selva parecía más silenciosa que un desierto, sólo el crepitar de las grandes llamas que dejaban a sus espaldas interrumpía ese mundo quieto.

Atravesaron el claro en el que habían presenciado la lucha ritual del «Elegido» y «Tordoz», y continuaron la marcha sin detenerse.

Llegaron a la cala a media tarde.

Allí estaba la balsa, amarrada donde la habían dejado.

Treparon a ella y cogieron las pértigas.

Antes de alejarse de tierra firme, echaron una mirada a la fronda como si allí existiera algún mensaje final, un último signo.

Luego impulsaron la embarcación por las aguas quietas de la cala y ganaron el mar abierto.

A medida que se alejaban de la orilla sentían que una parte importante de ellos quedaba allí, incinerándose en la ciudad de los seres diminutos.

Y tal vez fuera cierto, una parte de ellos era inmolada allí, aquella parte que había participado en la constitución del sistema del «Organum».

Pero aquel período de sus vidas que aportara su minúscula participación al imperio de la computadora madre, quedaba enterrado.

✲ ✲ ✲

Desembarcaron en la isla y se tumbaron tranquilamente en la arena blanca.

El sol comenzaba a decaer lentamente, apagando sus rayos enrojecidos en el horizonte líquido del mar.

Desde aquella situación no se podían ya ver las inmensas volutas de humo que se alzaban en la aldea del exorcismo.

La pequeña isla llena de palmeras y frutos, de arenas blancas y limpias, de animales pequeños, de agua potable, parecía completamente ajena al holocausto del pueblo inmolado.

—¿Volveremos a la *Ciudad de los humanos*!

—Todavía no lo sé —dijo Parrish.

Junto a ellos, sobre el médano, la carpeta de tapas de plástico reflejaba los últimos rayos del sol.

Parrish la miró pensativo y luego la cogió entre sus manos.

—Esta es la historia más terrible que jamás se haya escrito.

Galia le quitó la carpeta de las manos y lo abrazó.

Esta vez, el deseo creció incontrolado en sus cuerpos.

Era el medio atávico de encontrar calor, de suprimir la angustia y de gozar de una breve felicidad.

Se desnudaron, y la desnudez tuvo un efecto simbólico, como si de aquella manera se despojarán de la última aventura que habían vivido.

Pasearon por sus cuerpos ávidos y bebieron en cada puerto hasta el grito final.

—Quedémonos aquí —dijo Galia con voz queda—. Esto es el verdadero Paraíso.

—Sí, éste es el verdadero Paraíso, porque nosotros hemos conocido el otro rostro del nirvana.

FIN